

MI EXPERIENCIA DE LA FORMACION PARA LA OBEDIENCIA EN LA S.J.¹

Diego Alfonso Lasheras, S.J.

Profesor de Teología Moral

PUG - Roma

La entrada en la Compañía supuso una renuncia a mis planes, a mis proyectos, a los sueños, que sin herida de Pamplona, yo me había ido forjando en mis años jóvenes cuando soñaba cómo podía ser mi vida. Por esto he experimentado la obediencia en la Compañía como algo que me ha dado vida. Una vida que conlleva rupturas, como se corta el cordón umbilical del bebé para que adquiera independencia de la madre, y esfuerzo, pero vida plena.

Un proyecto más grande

Me encuentro ahora mismo al principio de mi vida plenamente apostólica en la Compañía de Jesús. Hasta el año pasado me he estado preparando para poder servir al Señor. Hoy mi tiempo se dedica enteramente a luchar el buen combate de la fe. Desde septiembre de 2008 enseño en la Universidad Gregoriana en Roma. En enero de 2001 mi provincial me convocó y me dijo que me destinaba a enseñar en la Gregoriana. Yo entonces me encontraba a mitad de segundo de teología. Hacía pocos meses le había propuesto a mi provincial culminar mis estudios de derecho haciendo un doctorado para después de eso poder dividir mi tiempo de trabajo entre la enseñanza del derecho y la atención a los inmigrantes. Me parecía que era un proyecto en el que casaban mi gusto por el derecho y por la enseñanza con mi

inquietud por servir al Señor pobre, en este caso en los inmigrantes que desde hace unos años empezaban a llegar a España masivamente. Mi provincial sin embargo me pedía un cambio de rumbo.

Cuando mi provincial me pidió aquello yo quedé sobrecogido. Suponía que tendría que seguir los estudios universitarios hasta los 37 años, que tenía que aprender tres lenguas más y que mi vida se alejaría de mi país, de mi provincia, de mi familia y de mis amigos, no sólo de aquellos que tenía antes de entrar en la Compañía, sino también de aquellos que el Señor me dio como don junto con la vocación.

Antes de recibir este destino había experimentado ya los “santos efectos” de la obediencia. Puedo decir que en casi todas las decisiones de cierta importancia sobre mi vida de religioso hasta entonces – dónde vivir para los estudios de filosofía y dónde hacer el magisterio - yo había manifestado una preferencia y los superiores me había pedido que hiciera otras cosas. Sin embargo, el destino a la Universidad Gregoriana tenía un carácter de mayor definitividad. El lugar donde se hace la filosofía o el magisterio marcan la propia vida, pero no tienen la importancia de un destino a largo plazo, que supone una preparación de ocho años.

la obediencia me ha permitido ir más allá de lo que yo mismo hubiera soñado o me hubiera considerado capaz de realizar

A lo largo de estos años la mayoría de mi tiempo ha estado dedicado al estudio. Primero tuve que acabar el bachillerato en teología, después la licencia, después el doctorado. Para reencender el fuego del Espíritu, hice la Tercera Probación al acabar el doctorado y antes de empezar a enseñar. Esto ha ido acompañado de cambio de lugar de residencia: Madrid, Roma, Cambridge (Massachusetts), Salamanca y, finalmente, Roma. En 8 años he cambiado 5 veces de comunidad y 4 de país. Esto ha supuesto un gran esfuerzo intelectual y afectivo. Si cuento esto es porque creo que esto ha sido posible en gran parte por la obediencia. Mirando atrás creo poder decir que la obediencia me ha permitido ir más allá de lo que yo mismo hubiera soñado o me hubiera considerado capaz de realizar.

A lo largo de estos años no han faltado momentos de dificultad y de sin sabores. Si algo me ha mantenido en ruta ha sido la conciencia de que aquello que hacía no era exclusivamente fruto de una decisión mía.

MI EXPERIENCIA DE LA FORMACION

Era fruto de una decisión mía en cuanto que había aceptado la misión recibida, pero era mucho más que eso. Yo no estaba donde estaba por capricho o por gusto, ni siquiera por pura iniciativa mía—por buena y santa que pudiera ser—sino que lo que hacía era parte de un proyecto más grande. Un proyecto compartido con otros compañeros y amigos que enseñaban

*nos encontrábamos embarcados
en un mismo proyecto
que nos superaba
y a la vez nos abrazaba*

en colegios, ayudaban a los refugiados, daban Ejercicios y administraban los sacramentos. Mientras yo me encerraba en mi cuarto o en la biblioteca para aprender una palabra más en latín, alemán o italiano, o mientras buscaba entre libros antiguos y revistas de actualidad cómo unir la tradición de la

Iglesia con los problemas económicos del mundo actual, sabía que otros jesuitas atendían otros campos y participaban como servidores de la misión de Cristo en otras batallas. Todos, sin embargo, nos encontrábamos embarcados en un mismo proyecto que nos superaba y a la vez nos abrazaba.

Cada vez me resulta más claro que la obediencia sólo es posible si uno es capaz de insertarse en un cuerpo apostólico. Esto permite servir al Señor donde pida la obediencia sabiendo que la misión que desarrollo es mucho más que la pequeña tarea que realizo, porque es misión compartida y por ello se proyecta mucho más allá de mi pequeño ámbito de trabajo. La pertenencia al cuerpo de la Compañía no sólo me ha permitido trascender mis pequeños proyectos sino saber que el fuego con el que ardo está presente en muchos otros lugares del mundo porque forma parte de un proyecto más grande.

Regidos por la Providencia de Dios

La obediencia me ha permitido hacer esto porque he experimentado que obedeciendo uno se deja “llevar y regir de la Divina Providencia.”² Lo que ocurre es que esto sólo se experimenta una vez que se interna uno en el camino de la obediencia y, con frecuencia, cuando se ha experimentado su dificultad.

Al dejar mi país y mi cultura me he encontrado muchas veces especialmente desprotegido. He experimentado que me faltaban muchos de los puntos de referencia que le ayudan a uno a orientarse en la vida y también muchas de las cosas y relaciones que contribuyen a hacer nuestra vida más humana. Pero también he aprendido a confiar en la Providencia de Dios que nos da todo aquello que necesitamos, aunque no nos lo dé con la rapidez que nuestro impaciente corazón desearía. El mismo Dios que me enviaba, por medio de los superiores, se me hacía presente en el camino, para explicarme la Palabra y las palabras que me dirigía, para darme el Pan que me permitía seguir caminando.

He aprendido en estos años que la obediencia es mucho más que aceptar la misión que los superiores encomiendan. Me he sentido agradecido, sobrecogido de temor y temblor, por la confianza que se ha depositado en mí al confiarme la misión. Me he sentido derrotado en mi soberbia al pensar que esto se me concedía por mis méritos, por mis cualidades, olvidando que toda nuestra vocación, toda, es un don de Dios. Me he sentido apoyado por compañeros, amigos y superiores; apoyado económicamente, porque los estudios que he realizado han supuesto una inversión, no sólo de tiempo y esfuerzo personal, sino del dinero de la Provincia, que es la hacienda de Cristo nuestro Señor. Me he sentido apoyado

*he aprendido
que la obediencia supera
con mucho la relación
entre el superior y el súbdito*

a través del compañerismo de muchos y en la amistad que se me demostraba desde España, y en la amistad que ha nacido con jesuitas de otros países, culturas, edades y sensibilidades. He aprendido que la obediencia supera con mucho la relación entre el superior y el súbdito. Para vivirla bien no sólo hace falta la gracia del Señor, sino la graciosa presencia de un cuerpo apostólico, que con sus limitaciones quiere vivir como amigos en el Señor.

La obediencia puede ser instrumento de la divina Providencia porque como jesuita es en la Compañía de Jesús y a través de ella como Dios actúa de modo privilegiado en mi vida. La decisión del superior es mucho más que la orden que un buen soldado debe cumplir. Es la concreción de la llamada del Rey eterno que llama a ir con él, a trabajar con él para que compartiendo con él la pena también podamos compartir la

gloria.³ En la obediencia se encuentra al Señor que nos envía y que nos acompaña en el camino.

Creativos en la fidelidad

Mi destino a la Gregoriana fue fruto de una conversación con mi provincial. Yo le pedí que me diera aquello por escrito. La carta en la que me destinaba la he llevado durante estos ocho años metida en mi Biblia. Ha sido para mí palabra de Dios, que a veces es dulce como la miel y en otras ocasiones es como espada de doble filo que entra hasta lo íntimo del ser.

*la confianza
que depositan los superiores
al confiar una misión
se debe concretar*

Me ha ayudado que en la carta no sólo se daba el destino sino que en un cierto sentido se daban una serie de criterios para poner en práctica la misión confiada. Me parece que en esto mi provincial fue buen hijo de san Ignacio, que enviaba a los jesuitas con instrucciones precisas⁴ aun cuando luego, sobre todo si se fiaba de ellos, les diera gran libertad

para interpretar e incluso contradecir, si fuera necesario *in Domino*, esas instrucciones.⁵ Si lo señalo es porque quizá las mayores dificultades que he encontrado en mi vida de obediencia en la Compañía se han dado cuando no he tenido estas instrucciones, estos criterios de guía que concretan la misión recibida, porque estas instrucciones “espolean al que corre”.⁶

El decreto de la CG 35 nos recuerda que el discernimiento acaba con la decisión del superior.⁷ Esta decisión, sin embargo, también ha de ser discernida. Es decir que debe ofrecer a quien obedece no sólo un mandato, sino unos criterios que ayuden a poner esa misión en práctica. Es cierto que a veces el superior no puede ofrecer al que obedece las razones de la decisión pero siempre podrá indicar adónde apunta esta misión y algún consejo para llevarla a buen término. La confianza que depositan los superiores al confiar una misión se debe concretar. ¿Qué se pretende de mí al mandarme a tal sitio? Esto, en ocasiones, lo he echado de menos en tareas que me han sido encomendadas. El discernimiento acaba con la decisión del superior que si ha sido discernida debe ser capaz de ofrecer unos criterios básicos de acción. Si estos no existen es imposible ejercer la fidelidad creativa

que se nos exhorta a ejercitar.⁸ Para ser creativo en la fidelidad hay que saber a qué criterios concretos tenemos que ser fieles.

¿Quién forma para la obediencia?

Hay otra dificultad para la obediencia que he experimentado en mis años de formación, que no viene de mis resistencias y de mi limitación y – por lo que he compartido con otros compañeros – creo que no es algo que sea sólo mío. Esta dificultad tiene que ver con el modo de proceder de los superiores. San Ignacio señala que el estudio pide “en cierto modo el hombre entero.”⁹ Me parece que esto que es válido para los que están en formación es también válido para el rector de una casa de formación. Ser superior de una casa de formación pide el hombre entero.

Para que la obediencia funcione, y esto es en mi opinión especialmente verdad durante la formación, es necesario que el superior sea alguien verdaderamente presente. Presente no quiere decir entrometido, sino alguien que está ahí, alguien que se preocupa por los miembros de su comunidad, que está al tanto de por dónde transcurren sus vidas y muestra aprecio por lo que hacen. En ocasiones me he encontrado con superiores que eran más jefes de una oficina que *padres* superiores. Les importaba el trabajo que realizaba la persona pero la persona les importaba poco.

el superior no sólo ha de estar presente, sino que debe también estar disponible

El superior no sólo ha de estar presente, sino que debe también estar disponible. Sobre todo durante la formación uno está más necesitado del superior. Necesitado muchas veces porque en las casas de formación, como es lógico, la vida está más reglamentada que en una comunidad apostólica, y uno necesita pedir un permiso. Más importante que esto, sin embargo, me parece el hecho de que uno está más necesitado de contrastar por dónde va transcurriendo la propia vida. El primer responsable de la formación es el escolar mismo, pero después de éste el siguiente es el superior que ha sido puesto por la Compañía como primer representante de ésta ante el escolar. La formación es el proceso de incorporación al cuerpo de la Compañía. Dicho en términos más modernos, la formación es un

MI EXPERIENCIA DE LA FORMACION

proceso de socialización que lleva al novicio y luego al escolar o hermano aprobado ha ir conformando su vida a un nuevo estilo de vida. La formación es un ir dejando el anterior modo de vida y haciendo propio el de la Compañía. En este proceso de socialización que es la formación el superior es una pieza fundamental.

En los inicios de la vida religiosa el superior es la principal representación de la Compañía. El provincial es un personaje lejano. El formado aún no tiene ni amigos ni años de Compañía que le permitan tener una visión más grande del grupo humano al cual uno se está incorporando. La obediencia es algo que no se puede cultivar solo, un escolar no aprende a ser obediente solo sino que aprende a ser obediente ante los superiores que la formación le va poniendo y sólo si estos cumplen el papel que están llamados a realizar puede el escolar aprender la obediencia. La formación para la obediencia depende de dos polos: el superior y el formado. Para que se desarrollen las actitudes que permiten una sana obediencia – transparencia, confianza en los superiores, abnegación—es necesario que el superior encarne las cualidades que permiten que se dé una relación de obediencia. Es decir, el superior tiene que estar presente, tiene que saber escuchar y tiene que tener tiempo. Esto implica que el superior tiene que tener como prioridad atender a sus súbditos. Cualquier otra tarea debería ser secundaria.

Cuando un superior tiene otras mil tareas entre manos, cuando un superior proyecta la imagen de estar muy ocupado, cuando un superior incluso estando en casa vive escondido, cuando un superior tiene otras ocupaciones que le apasionan mucho más que atender los “problemas” de un joven que se pregunta por cómo encaja su vida en la Compañía de Jesús, ese superior no va a ser visto como alguien que escucha, como alguien que acoge la vida, las razones y las inquietudes del que está en formación y desde ahí discierne para darle una misión o darle una tarea. Un superior que tiene otras prioridades acabará por no ser un formador sino solamente un dador de permisos. Pero eso no es la obediencia de la Compañía de Jesús, eso es un jefe que regula la vida en una residencia de estudiantes piadosos. En estos tiempos que vivimos en los que en muchas partes disminuye el número de nuestros efectivos, me parece importante que un cierto activismo de los superiores no mine la formación para la obediencia.

Curet primo Deum

Por último hay otra cosa que me ha ayudado a lo largo de la formación a vivir la obediencia: el deseo de ser hombre de Dios. Fui mandado al magisterio sin ninguna instrucción. Sin saber quién era ni cuáles eran mis habilidades se me asignaron una serie de responsabilidades. La que más me pesaba era la de ser educador en el internado del colegio donde trabajaba, ya que nunca me había tenido que ocupar de la disciplina de un grupo importante de muchachos. Los primeros meses fueron tiempos duros para mí por la carga de trabajo, la novedad de todo y la falta de dirección y sentido del trabajo en equipo. Lo que más me angustiaba era la idea de no ser capaz de hacerme con la disciplina de los muchachos. Ahí experimenté sin embargo que el Señor me recordaba que lo más importante en un jesuita no es dar bien las clases o conseguir que sus alumnos se comporten. Estas son cosas que hay que procurar hacer bien pero lo verdaderamente importante, lo que da valor a aquello y a todo lo que se pueda hacer es ser hombre de Dios. Supongo que esto no es más que la formulación en términos de mi experiencia de lo que la Fórmula del Instituto dice a todo jesuita: “procure tener ante los ojos mientras viva, primero a Dios, y luego el modo de ser de su Instituto.”¹⁰ En el fondo lo que yo deseo con mi vida en la Compañía de Jesús es servir al Señor. Cómo se concrete esto es secundario.

Conclusión

A la larga creo que la mayor ayuda para la obediencia es la experiencia de que entrando en la vida religiosa hemos renunciado al control de nuestra vida – una vocación matrimonial bien entendida debería pasar por lo mismo - y que ésta se entrega a través de unos cauces muy concretos, muy humanos, en su grandeza y en su finitud.

Al principio de mi vida apostólica sólo puedo entender lo que hago como la participación en un proyecto más grande, participación que se media a través de la Compañía de Jesús en la Iglesia. A la Compañía llegué guiado por el Señor, y a través de ella me siento cuidado y acompañado por el Él. Esta mediación tan concreta se realiza a través de los superiores – sobre todo cuando saben actuar como cauces de la Providencia divina y se entregan totalmente a ser superiores—y de todo el cuerpo de la Compañía que “es camino para ir a Dios.”¹¹

MI EXPERIENCIA DE LA FORMACION

¹ Quiero agradecer a Pascual Cebollada y a Carlos del Valle, amigos míos en el Señor, que hayan leído el texto original y me hayan ayudado a mejorarlo. Los defectos y exageraciones que en el texto se puedan encontrar son sólo culpa mía.

² Cons. 547.

³ EE. 95.

⁴ Se pueden ver entre otras las instrucciones de san Ignacio a los padres enviados a Trento (Epp. 1, 386-389), las instrucciones a los padres enviados a Alemania (Epp. 12, 239-242) y las instrucciones a los padres que se envían a ministerios (Epp. 12, 251-253)

⁵ Ignasi Salvat, *Servir en misión universal*, Manresa. Vol 27, Bilbao-Santander 2001, pag. 201.

⁶ Carta de san Ignacio al Padre Pedro Canisio (Epp. 1, 390-394).

⁷ Congregación General 35, decreto 4: La obediencia en la Compañía de Jesús, n^o 20.

⁸ Ibid, n^o 27.

⁹ Const. 340.

¹⁰ Fórmula del Instituto 1.

¹¹ Ibid.